



EDITORIAL

En los inicios de la tercera década del siglo veintiuno asistimos a una sorprendente crisis de la vocación médica, muy marcada en algunas especialidades, inesperado giro que se suma a la ya conocida crisis mundial de los sistemas de salud (en la financiación, la inclusión, la planificación, la cobertura, y un larguísimo etcétera). En nuestro país, recientes publicaciones periodísticas informan que vuelve a repetirse un fenómeno históricamente muy reciente: no se llegó a cubrir la totalidad de las vacantes de residencias en algunas especialidades médicas particularmente sensibles tales como medicina familiar, pediatría, neonatología, emergentología, cuidados intensivos... y psiquiatría. Lo mismo sucede con los cargos de planta en hospitales y en sanatorios privados, y con los puestos de guardia de veinticuatro horas de psiquiatría en clínicas y hospitales especializados a lo largo de todo el país.

El fenómeno pareciera repetirse en numerosos países, planteando un preocupante panorama que aparenta ser más generalizado que lo que creíamos en un inicio. ¿Qué significa que el grueso de los médicos recién egresados no desee especializarse en neonatología? Significa que en pocos años enfrentaremos una crisis sanitaria especialmente aguda en esa franja del quehacer asistencial: tal vez el común de las personas lo desconozca, pero que un sistema sanitario se vaya quedando sin especialistas en los primeros meses de vida es una potencial catástrofe de salud que todos y todas pagaremos muy caro.

Lo mismo puede decirse de los psiquiatras, esos médicos que se especializan en lo mental. Resulta particularmente alarmante que disminuya el interés por la psiquiatría en un contexto mundial en el que la Salud Mental adquiere cada día mayor visibilidad y genera mayor preocupación, especialmente luego de la parte más aguda de la pandemia por el nuevo coronavirus. Según estimaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la depresión será la principal causa de morbilidad planetaria para el año 2050.

¿Qué puede significar que la depresión sobrepase a las enfermedades cardiovasculares y se convierta en la principal causa de enfermedad en todo el orbe? Como mínimo, que hemos fallado como civilización en diseño de un mundo en el que haya un lugar y un sentido para todos. Y junto a ese fracaso palmario, que nos revela como una civilización con marcados rasgos de crueldad y cinismo, estamos fracasando también en la generación de profesionales que contribuyan a mitigar, siquiera en parte, semejante estrago.





EDITORIAL

El origen del problema es sin dudas complejo y diverso. Por un lado, el sistema social y económico en el que vivimos desalienta la solidaridad, insumo principalísimo de la vocación médica. Las especialidades mencionadas son, precisamente, las que tienen mayor compromiso social, mayor sacrificio en su quehacer clínico cotidiano y menores expectativas remunerativas. En un entorno que tiende a la anestesia individualista, dedicarse al servicio al semejante no parece una elección atractiva.

Por el otro lado, el debilitamiento de los Estados nacionales en todos los aspectos posibles produce un debilitamiento proporcional de los derechos ciudadanos, entre los que se cuenta el derecho a la mejor atención posible en salud.

La sostenida caída del interés de los médicos nóveles por las especialidades más solidarias y de mayor compromiso social debería hacer sonar todas las alarmas del sistema sanitario. Si la tendencia no se revierte a tiempo, el daño a la Salud Pública puede ser irreparable.

Santiago Levín

